

En PEGASO, Año I, N° 4, octubre de 1918, pp. 140-141.

JUANA M. DE IBARBOUROU ⁽¹⁾

Señora:

Sus versos! ¿Quiere Ud. mi opinión sobre sus versos?... Son sencillamente encantadores, con ese maravilloso encanto de la espontaneidad y la frescura, que son dones esenciales de su naturaleza lírica. El alma de la Primavera palpita y resplandece en ellos, que todos juventud, están llamados a no envejecer jamás! Ellos expresan un temperamento poético de excepción, deliciosamente suave y muy femenino, y es sin duda por eso que dan siempre la impresión espiritual de una caricia – caricia de mano de mujer, o de ala, o de flor... Esparcen un perfume inconfundible: *il dolce odor di femmina* de que no todas las buenas poetisas saben impregnar sus estrofas. Su poesía tiene su sexo. Tiene, además, una naturalidad de expresión que la hace transparente, diáfana, como un chorro de agua clara: esa agua que canta en sus composiciones su canción de alegría, de pureza, de ingenuidad y de salud... No hay en ella todavía dolores ni pasiones violentas. Su lírica no es la de los grandes gritos del alma. Como la música de los caramillos pastoriles – siendo más sabia que artística – sólo está hecha para traducir el ritmo cordial de los amores plácidos, de las ansias a flor de piel, de los sentimientos tiernos, de las inquietudes leves como aleteo de mariposas. Por momentos, sin embargo, cruza su lira un tibio soplo de voluptuosidad y sensualismo, cargado de los aromas capitosos del «Cantar de los Cantares»; la Samaritana se transforma en Sulamita; y la mujer habla entonces con un insinuante acento carnal, hecho de suspiros y de besos. Pero – eso sí – no hay nada de enfermizo ni de atormentado en este puro florecimiento sensual, de una casta osadía, que como la de ciertos poemas primitivos, parece venir del sano fondo de la naturaleza. ¿Es esta una nota personal, sincera, brotada sin esfuerzo de su sensibilidad poética, o es un eco de cosas leídas, una postura literaria aprendida en los libros? Surge la duda; pero sea como fuere, esa nota no disuena. No sé por qué virtud de armonización ella condice con el otro aspecto de su melodioso subjetivismo, como si lo completase, a la manera como la sombra complementa el astro, que la necesita para brillar. ¿Sombra he dicho? No: esos resplandores de la llama vital no pueden compararse con la sombra: son luz distinta a la de aquellos otros resplandores cándidamente espirituales, pero no menos clara. Esa luz, si es natural, ilumina otra faz de su personalidad poética, y gracias a ella la veremos integrada con los elementos de cuya aleación en la literatura sale el tipo de la mujer tal como es en la vida. Su obra es, en definitiva, una mujer en verso... Pero una mujer sin grandes ansiedades ni grandes dolores; acaso la mujer «esencial» tan sólo... Mañana, si el dolor la fecunda, será – estoy seguro – la mujer, toda la mujer!

EMILIO FRUGONI.

⁽¹⁾ Hasta hace poco, los poemas de esta poetisa fueron insertados con el pseudónimo de “Jeanette de Ibar”